

hace el superior entonces, no solo con su licencia y consentimiento, sino pidiéndose-lo él, por lo mucho que le importa: y otras veces aunque no está uno tan cierto si se pone en peligro ó no, está con temor y con duda. Y es gran descanso y consuelo en semejantes casos declarar su duda y dificultad al superior y ponerse en sus manos; porque entonces si le pusieren en tal cosa, no irá el peligro sobre él, como fuera si no se declarara, sino todo quedará á cargo del superior, y Dios concurrirá con la obediencia y le dará fuerzas para que salga bien de lo que le mandaren, por haber él hecho lo que es de su parte.

Lo tercero digo, que aunque es verdad que puede uno dar cuenta de su conciencia en confesion, conforme á la Regla; pero lo mejor y mas loable es hacer esto fuera de confesion, como queda dicho (1); y como ya todos saben esto, comunmente quieren escoger lo mejor, que es darla fuera de confesion; y con esto cesan todos los escrúpulos y todas las murmuraciones y sospechas que podia haber de que los superiores gobiernan por lo que saben en confesion, porque todos comunmente dan esta cuenta fuera de ella. Y aun en el caso que decíamos en la primera duda, de que uno quiere dar cuenta en confesion, no hay ninguno, por imperfecto que sea, que no huelgue y pida que para lo que hiciere para el bien de su alma, y para quitarle de ocasiones y no ponerle en peligros, el superior se pueda ayudar de lo que le dicen en confesion, con tal que sea de manera que de ello no le pueda venir mal, sino bien, y que otros no puedan entender su falta ó imperfeccion, porque con esto no pierde nada y gana mucho, y obliga al superior á que mire aún mas por su honor. Y asi viene á ser que aun el go-

(1) Cap. 10.

bierno espiritual é interior de las almas, que podia ser licito y santo por lo que se sabe solamente por confesion, como queda dicho, no le usa la Compañía hacer, sino por lo que sabe fuera de confesion; porque todos se huelgan y consuelan mas de dar cuenta fuera de la confesion de todo lo que es necesario para eso, para que asi el superior mas libremente, y sin respeto ninguno de la confesion, pueda enderezarlos y ayudarlos en el camino de la perfeccion.

San Buenaventura pone espresamente esta doctrina, y dice (1) que conviene mucho que el superior conozca muy bien las conciencias de sus súbditos y sus inclinaciones y costumbres, y que entienda muy bien las fuerzas corporales y espirituales de cada uno, para que asi los pueda mejor regir y gobernar, repartiendo y encomendando á cada uno el peso y carga que le conviene conforme á sus fuerzas, porque no todos pueden igualmente todas las cosas; y trae á este propósito aquello de la Escritura: "Aaron y sus hijos entrarán al Santuario, y ellos dispondrán los trabajos de todos, y dividirán lo que cada uno deberá llevar (2)." Dice San Buenaventura que Aaron y sus hijos son los prelados y superiores mayores y menores, los cuales han de entrar allá en lo interior de los súbditos, conociendo su virtud, fuerzas y caudal, para que asi puedan repartir y dividir los oficios, cargos y ministerios de la Religion, conforme á la virtud y caudal de cada uno (3).

(1) Bonav. tractat. de sex alis Seraphin, cap. 7.

(2) Aaron, et filii ejus intrabunt in Sanctuarium, ipsique disponent opera singulorum et dividunt quid portare quis debeat. Numerorum IV, 19.

(3) Unicuique secundum propriam virtutem. Matth. XXV, 15.

### TRATADO OCTAVO.

#### De la correccion fraterna.

##### CAPITULO I.

Que la correccion es señal de amor, y del bien grande que hay en ella.

El bienaventurado San Bernardo dice (1) que es gran señal de que Dios nos ama como á hijos el reprendernos y castigarnos, y está llena la Sagrada Escritura de esto. Dice el Sábio, y San Juan en el Apocalipsi, y el Apóstol San Pablo: «A quien Dios ama y tiene por hijo, repréndele y castigale (2);» y asi dicen los Santos que uno de los particulares beneficios y mercedes que Dios suele hacer á una alma, es cuando la reprende y le dá un remordimiento interior allá en su conciencia, en haciendo el pecado y la falta. Esa es gran señal de amor de Dios y de que sois del número de los escogidos, pues que no os deja del todo, sino que os está llamando y convidando con ese remordimiento; y cuando no hay esa reprehension y remordimiento interior, ni envia Dios castigo ninguno, dicen que es señal de grande ira suya, y que es ese uno de los mayores castigos que Dios dá en esta vida. Y trae San Bernardo para esto aquello del Profeta Ezequiel: «Y descansará mi indignacion en tí, porque se apartará mi celo de tí, no me mostraré mas enojado contigo, reprendiéndote (1);» que es aquello que dijo el Señor por Isaías, donde por grande amenaza dice Dios, y lo jura, «no me enojaré mas contigo, ni te reprenderé (2).» Dice San Bernardo: ese enojarse Dios y no reprender á uno, es mayor ira de Dios: Si el celo y la reprehension de Dios os ha desamparado, tambien su amor; porque aquel es regalo que hace Dios á los que ama (3). Pues asi como en Dios es esto muestra y señal de que nos ama como á hijos, asi tambien una de las cosas en que mas se muestra el amor que el superior tiene al súbdito, es en corregirle y avisarle con caridad de las faltas que le nota para que se enmiende de ellas. Dice el Sábio: «Mejor es la correccion manifesta que el amor encubierto (4).» Muy buena es la caridad y amor interior que vos me teneis; empero eso es para vos, que á mí poco me aprovecha si no llega á que me lo mostreis por la obra. Pero cuando el amor del superior llega á que me avisa de la falta que yo no veia ó no tenia por falta, para que la enmiende, ese es mayor amor y de mucho provecho para mí. Ese es amor de obras y verdadero amor de padre, que desea el bien

dote (1);» que es aquello que dijo el Señor por Isaías, donde por grande amenaza dice Dios, y lo jura, «no me enojaré mas contigo, ni te reprenderé (2).» Dice San Bernardo: ese enojarse Dios y no reprender á uno, es mayor ira de Dios: Si el celo y la reprehension de Dios os ha desamparado, tambien su amor; porque aquel es regalo que hace Dios á los que ama (3). Pues asi como en Dios es esto muestra y señal de que nos ama como á hijos, asi tambien una de las cosas en que mas se muestra el amor que el superior tiene al súbdito, es en corregirle y avisarle con caridad de las faltas que le nota para que se enmiende de ellas. Dice el Sábio: «Mejor es la correccion manifesta que el amor encubierto (4).» Muy buena es la caridad y amor interior que vos me teneis; empero eso es para vos, que á mí poco me aprovecha si no llega á que me lo mostreis por la obra. Pero cuando el amor del superior llega á que me avisa de la falta que yo no veia ó no tenia por falta, para que la enmiende, ese es mayor amor y de mucho provecho para mí. Ese es amor de obras y verdadero amor de padre, que desea el bien

(1) Et requiescet indignatio mea in te, et auferetur zelus meus a te, et quiescam, nec irascar amplius. Ezech. XVI, 42.

(2) Juravi, ut non irascar tibi, et non increpem te. Isai. LIV, 9.

(3) Vides, quia tunc magis irascitur Deus, cum non irascitur.—Si ergo te zelus deseruit, et amor; neque eris amore dignus, qui indignus castigatione censeris. Bern.

(4) Melior est manifesta correptio, quam amor absconditus. Prov. XXVII, 5.

de su hijo; porque si el superior no os amara como á hijo y deseára vuestro bien y provecho espiritual, no os corrigiera ni avisara de vuestra falta. Como vemos acá, que cuando un padre halla á su hijo haciendo alguna travesura, luego le reprende y castiga, porque es su hijo, y le ama como á hijo, y desea que sea bueno y virtuoso; pero al que no es su hijo, aunque le vea hacer alguna cosa mal hecha, déjale y no le dice nada, ni hace caso de él, porque no es su hijo; allá su padre mire por él y le doctrine bien, que á mí no me toca.

Mas no solo muestra en esto el superior el amor que os tiene como á hijo, sino muestra que está satisfecho de que vos tambien le amais á él como á padre, y que estais satisfecho de que él os ama á vos, y que os dice aquello con entrañas de Padre y por el deseo que tiene de vuestro bien; y muestra tambien en esto que está satisfecho de vos, que teneis virtud y humildad para recibir el aviso y correccion, porque de otra manera no os avisára.

Por el contrario, cuando el superior no procede con vos con esta claridad y llaneza avisándoos de las faltas que teneis y de lo que se repara y murmura de vos, es porque no os ama como á hijo, ó porque entiendo que vos no le amais á él como á Padre, ó porque piensa que no teneis virtud para tomar bien el aviso y correccion: todo es falta de amor y de estima, no hay verdadero amor. Podrá por ventura esteriormente parecer que le hay, pero no será verdadero, sino aparente y fingido; porque ¿qué aprovecha mostraros esteriormente amor y estima, si allá interiormente os tiene por defectuoso é imperfecto en esto y en lo otro y no se atreve á avisaros de ello? Eso es andar con doblez y con fingimiento, mostrando otro pecho y otro rostro esteriormente del que interiormente tiene. Ese es trato y language del mundo; allá

tratan de esa manera, porque no se atreven los hombres á decir lo que sienten, y asi muestran uno de fuera y tienen otro en el corazon: muchas veces os alabarán y lisongearán, mostrando sentir bien de vuestras cosas, é interiormente sienten otra cosa; conforme á aquello del Profeta: "Sus palabras son mas suaves que el aceite, mas ellos son unas lanzas (1)." "Con su boca hablaban bien, y en su corazon aborrecian (2)." "Trataban engañosamente con sus lenguas (3)," porque estaba "el veneno de áspides debajo de sus labios (4)." Pero acá no ha de haber nada de esos dobleces, sino todo ha de ser claridad y lisura, que no sufre otra cosa la caridad y union que profesamos. ¿Cómo? que tenga yo una falta, ó muchas, que por ventura no las echo de ver, ó no las tengo por faltas, ni pienso que los demas reparan en eso, y que lo eche el superior de ver, y sepa que se ofenden y murmuran los otros de ello, y no haya quien me lo diga á mí? no es caridad esa. Dice muy bien nuestro P. San Francisco de Borja: "Si llevásedes el manto al revés ó el rostro tiznado, claro está que os haria caridad el que os advirtiese de ello y que se lo agradeceriadés; y por el contrario lo sentiriadés y lo recibiriadés por agravio, si viéndolo el otro no os avisase. Pues mayor razon tenemos de estimar y sentir esto en las faltas de virtud que desedifican á nuestros hermanos (5)."

Y asi tenemos de tener por gran beneficio que haya quien con amor y caridad nos avise de ellas; porque nosotros, con el amor grande que nos tenemos, muchas ve-

(1) Molliti sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula. *Psalm. LIV, 22.*  
(2) Ore suo benedicebant, et corde suo maledicebant. *Psalm. LXI, 5.*  
(3) Linguis suis dolose agebant. *Psalm. V, 11.*  
(4) Venenum aspidum sub labiis eorum. *Psalm. CXXXIX, 4.*  
(5) S. Francisco de Borja in *Epist. ad Societatem.*

ces no las echamos de ver, ni las tenemos por faltas: ciéganos la aficion y amor propio, como á la madre el amor grande que tiene á su hijo le hace que lo feo le parezca hermoso y lo negro colorado. Asi á nosotros nunca nos faltan colores y razones para colorear y encubrir nuestras faltas. Y por esto dicen muy bien los filósofos que el hombre no es buen juez en sus cosas; porque si es sospechoso por las leyes el juez, amigo de la parte, ¿cuánto mas lo será el hombre en su propia causa, siendo tan amigo de sí mismo? Pero el otro tercero, como mira nuestras cosas con ojos desapasionados, echa mejor de ver nuestras faltas y es mejor juez de eso; fuera de que cuatro ojos, como dicen, ven mas que dos.

Plutarco dice (1) que habíamos de dar dineros por un enemigo, porque estos son los que dicen las verdades, que ya los amigos todo es adular y lisongear y decirnos que no hay mas que pedir, no habiendo cosa en vos que no les parezca bien. Mucho vemos que se usa esto el dia de hoy en el mundo, y plega á Dios no se nos vaya entrando tambien en la Religion. Y somos los hombres tan vanos, que oimos esas cosas de buena gana, y aun las creemos, habiéndolo de hacer al contrario, como lo hacia el Real Profeta cuando decia: "El justo me corregirá con piedad, y con ella me reprenderá; mas el óleo del pecador no ha de ser el que unja mi cabeza (2)." Dice el bienaventurado San Agustin (3) que por esta uncion blanda del pecador se entiende la adulacion y lisonjas: y esas aborrece el Profeta, y mas quiere ser corregido del justo con severidad y misericordia que ser alabado y lisongeado con blandas adulaciones,

porque esas no sirven sino de hacer á uno mas loco y de que ande mas engañado; y trae aquello de Isaias: "Pueblo mio, los que te alaban y dicen maravillas de tí, esos son los que te engañan y te echan á perder (1)," y por el contrario, los que nos corrigen y avisan nos hacen gran beneficio. "Mejores son las heridas del que ama, que los engañosos ósculos del que aborrece (2)." "Mejor es ser corregido de un sábio, que ser engañado con la adulacion de los necios (3)." Porque eso que escuece es lo que sana; que esotro antes hace mas dificultosa la cura, porque nos persuadimos que no hay falta, y asi no tratamos de la enmienda.

Diógenes decia que para enmendarse uno de sus faltas es menester que busque ó un muy verdadero amigo que le amoneste, ó un muy áspero enemigo que le reprenda; para que amonestado del uno ó reprendido del otro, quite el vicio y falta que tiene. Esto segundo se usa en el mundo, donde no se dicen las faltas, sino cuando hay enemistades; entonces se descubren las verdades. Pero acá en la Religion no se dicen las faltas, ni se dá la reprehension y el aviso con odio, ni rencor, ni por tema y ojeriza que tengan con vos, sino con verdadero amor y deseo de vuestro bien. Gozamos de lo primero, porque tenemos en el superior un fiel y verdadero amigo que con grande amor nos avisa de nuestras faltas: lo cual habemos de estimar en mucho, y hacer cuenta que nos descubre un tesoro cuando nos avisa de algun defecto, el cual, como nosotros no conociamos, no lo enmendábamos.

(1) Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt. *Isai. III, 16.*  
(2) Meliora sunt vulnera diligentis, quam fraudulenta oscula odientis. *Prov. XXVII, 6.*  
(3) Melius est a sapiente corripí, quam stultorum adulacione decipi. *Ecclesi. VII, 6.*

(1) Plutarco. *lib. de utilitate ex inimicis capta.*  
(2) Corripiet me justus in misericordia, et increpabit me; oleum autem peccatoris non impinguet caput meum. *Ps. CXL, 5.*  
(3) Aug. *epist. 147 ad Proculianum episcopum.*

CAPITULO II.

Que la causa de no recibir bien la correccion es la soberbia.

Una de las cosas en que mas se echa de ver la soberbia grande del hombre, es en la dificultad tan grande con que toma la correccion y aviso de sus faltas: tanto, que apenas hay quien quiera ser corregido y avisado de ellas. Dice esto muy bien San Agustin: «¿Quién hallará alguno que quiera ser reprendido? ¿á dónde hallaremos aquel sábio, de quien dice Salomon en los Proverbios, «corrige al sábio, y amarte há (1)?» Sábío es ese por cierto, pues sabe agradecer con amor un beneficio tan grande, como es el de la correccion; empero ¿dónde hallaremos esos sábios? «¿Quién es este para que le alabemos (2)?»

San Gregorio dice: «estamos tan llenos de soberbia, y tenemosla tan arraigada en las entrañas, que no podemos oír nuestras faltas, ni sufrir la reprension, porque nos parece que aquello es desestima nuestra y caso de menos valer; y como nos toca en lo vivo, que es en cosa de nuestra honra, luego saltamos, y en lugar de agradecerlo, lo tomamos por agravio y por injuria y persecucion (3).» Y así lo suelen algunos decir claramente, cuando les andan corrigiendo y avisando á menudo de sus defectos, dicen que los andan persiguiendo y que tienen ojeriza con ellos. Y mas, dice el Santo (4), hay algunos que confiesan y dicen ellos sus faltas de buena gana; empero cuando otros se las dicen ó se las repre-

(1) Quis facile inveniet, qui velit reprehendi? et ubi est ille sapiens, de quo dictum est Proverbiorum 9. «Argue sapientem, et diliget te?» (Prov. IX, 8).—Aug. epist. 87, ad Faalicitatem, et Rusticum.

(2) Quis est hic, et laudabimus eum? Eccles. XXXI, 9.

(3) Isti cum se impeti redargutione conspiciunt, gladium persecutionis credunt. Gregor. lib. 10 Moral., cap. 3.

(4) Gregor. lib. 22 Moral., cap. 14, et lib. 24, cap. 12.

den, luego se azoran, y las defienden y escusan, porque no pueden sufrir ser tenidos por tales; y esos no son humildes, ni dicen sus culpas con verdadero conocimiento; porque si lo fuesen, y se tuviesen por defectuosos, y con verdad dijese y sintiesen aquellas cosas de sí, no se sentirían tanto cuando otro se las dice, ni se escusarían ni defenderían tanto.

La verdadera humildad consiste en que uno se conozca y se tenga en poco, y desee que los otros tambien conozcan sus faltas y le tengan en poco. Y estos claramente dan á entender, dice San Gregorio, que no decían sus faltas por desear ser tenidos en poco, sino por parecer buenos y humildes. Porque está escrito: «El justo es el primero que se acusa y confiesa sus faltas (1).» Quereis ganar honra y ser tenido por humilde, y porque para eso os parece buen medio decir vuestras faltas, por eso las decís; pero como no os parece buen medio para ganar honra que otro os las diga y os reprenda, sino antes os parece que redundará en deshonor y desestima vuestra, por eso no lo podeis sufrir. Lo uno y lo otro es soberbia. De aqui es, que aunque vea uno algunas veces que lo que le avisan es verdad, y que el otro tiene razon en decirselo, con todo eso se turba y se siente mucho de ello.

De manera que ya no diremos: «Reprende al sábio y amarte há (2);» porque no hallamos ya de esos sábios que huelguen de ser reprendidos y agradezcan la correccion y el aviso; sino lo que podemos decir el dia de hoy, es lo que un poco antes de eso dice el mismo Sábío: «Guardaos de corregir y reprender al burlador y soberbio, porque no os aborrezca y os hagais

(1) Justus prior est accusator sui. Prov. XVIII, 17.

(2) Argue sapientem, et diliget te. Prov. IX, 8.

mal quisto con él (1).» Eso es lo que ahora se usa y lo que vemos comunmente en el mundo. Los malos no aman, sino antes aborrecen á los que les avisan de sus defectos y les dicen las verdades (2). Comparan los Santos (3) á estos á los enfermos que están frenéticos y locos, que no permiten que venga á ellos el médico, antes huyen de él y resisten á las medicinas que les aplican y las echan de sí por la grandeza del mal y porque no sienten estar enfermos. Y es comparacion del Espiritu Santo: «El que aborrece la correccion y el aviso, no solo digo que tiene falta de virtud y humildad, sino que tiene falta de seso y de juicio (4);» loco y frenético está, pues aborrece la medicina y se vuelve ó indigna contra el médico que le quiere curar y remediar.

CAPITULO III.

De los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la correccion.

Llega á tanto esta soberbia y locura, que ya apenas hay quien se atreva á corregir y avisar á otro de sus faltas; porque nadie se quiere hacer mal quisto, ni buscar ruido, como dicen, por sus dineros. Y su merecido se tiene el hombre en esto; porque ¿qué merece el enfermo que no se quiere dejar curar? Que no le curen, que le dejen morir, dice el Sábío (5). Pues esto me-

(1) Noli arguere derisorem, ne oderit te. Prov. IX, 8.

(2) Non amat pestilens eum, qui se corripit, nec ad sapientes graditur. Prov. XV, 12.—Veritas odium parit.

(3) Aug. epist. 87, ad Faalicitatem, et Rusticum, et epist. 167.

(4) Qui odit increpationes, insipiens est. Prov. XII, 1.

(5) Qui increpationes odit, morietur.—Et qui abjicit disciplinam, despicit animam suam. Prov. XV, 10 et 32.

rece el que no quiere que le corrijan y toma á mal el aviso que le dan. Merece que no le corrijan ni le avisen de nada, sino que venga á tener faltas graves y que á todos los demas sean públicas y se murmure de ellas, y que á él no haya quien se las diga. Y así suele acontecer á los tales, y es de los mayores castigos que les pueden venir. No se quiere aprovechar de la cura y de la medicina, dejémosle (1). Cuando la viña se deja sin podar y sin cavar, por perdida se deja. Pues así dejan á uno por perdido y por desauiciado, cuando le dejan de corregir por no tomar bien el aviso y correccion.

Nuestro P. San Francisco de Borja, tratando de los inconvenientes y daños que se siguen de no recibir bien la correccion y aviso, dice (2) que de ahí vendremos á parar en uno de dos inconvenientes graves, y serán que ó por falta de correccion y avisos se estarán los defectos aposentados y de asiento en aquellos que los tuvieren, por no haber quien ose tratar de poner medicina á enfermo tan impaciente; ó si los avisos se dan á quien tiene necesidad, si en lugar de agradecimiento sacan de ello amargura y pasion ó division con el que les avisa, en breves dias vendrá la casa á ser una laguna de hiel y amargura, causada por falta de conocimiento de los imperfectos, que no admiten el aviso y correccion; sino que toman por injuria lo que habian de tomar por gran beneficio, y quedan agraviados y enconados de lo que habian de quedar agradecidos, haciendo de la triaca ponzoña. Y así habia de temer uno mucho ¿si me dejan á mí de curar por ser yo mal enfermo? ¿si me dejan

(1) Curabimus Babylonem, et non est sanata, derelinquamus eam. Jerem. LI, 9.

(2) P. S. Francisco de Borja, in epist. ad Societatem.

de avisar de mis faltas porque alguna vez no tomé bien la correccion y el aviso? Y desea alli nuestro P. San Francisco que conservemos y llevemos adelante aquella simplicidad, caridad y llaneza de los principios, cuando no solamente no daba ocasion de amargura la correccion y aviso del defecto, sino engendraba un amor entrañable y un agradecimiento grande.

Un doctor grave compara á los que no quieren ser corregidos al demonio, porque se hacen incorregibles (1); y el ser corregible ó incorregible es lo que distingue al hombre pecador del demonio; porque el hombre, por pecador que sea, mientras está en esta vida mortal, es capaz de correccion, y el demonio no. Y trae para esto aquello del Sábio (2): "El que aborrece la correccion es pisado del pecador;" esto es, del diablo, que por antonomasia se llama pecador. De manera, que asi como la pisada y huella del pié es semejante al pié; asi el que aborrece la correccion es muy semejante al demonio; porque se hace incorregible, pues cierra la puerta á uno de los medios mas propios y de mas fuerza y eficacia para su enmienda.

San Basilio dice de estos una cosa digna de consideracion: "La conversacion y compañía de estos tales, que no quieren ser corregidos y reciben mal el aviso, es, dice (3), muy perniciosa para los demas religiosos con quien viven; porque con su mal ejemplo les van pegando la roña y podo gusto, ó por mejor decir, disgusto de ser corregidos y avisados;" y asi los retraen de aquello á que vinieron á la Reli-

(1) Qui non vult corripí, non vult corrigi.

(2) Qui odit correptionem, vestigium est peccatoris (id est, diaboli). Eccles. XXI.

(3) Qui hujusmodi est, hujus conversatio inter reliquos fratres pernitiósa est, siquidem exemplo suo suscepto certamine caeteros abducit. Basilius in Regul. brevior. num. 159, et in epistola ascetica ad quendam canonicam.

gion, que es á enmendarse y reformarse. Y manda San Basilio (1), que á estos tales los aparten de la comunicacion y trato de los demas, porque no les peguen esta peste.

CAPITULO IV.

Cuánto importa recibir bien la correccion y el aviso.

Un filósofo da en esto un consejo muy bueno, que no parece que se puede pedir mas en la materia, y es Galeno (2), que no se contentó con escribir aforismos para curar los cuerpos, sino escribió tambien un libro para conocer y curar las enfermedades del ánima. Dice alli este filósofo: el que quiere enmendarse de sus faltas y aprovechar en la virtud, busque un hombre bueno y prudente que le avise de ellas; y si le hallare tal como conviene para esto, llámele aparte y pídale muy encarecidamente le haga tanto bien que le avise de todas las faltas que notáre en él; y ofrézcale y prométale que se lo agradecerá mucho y le tendrá por verdadero amigo, y que le hará mayor merced y beneficio en eso que si le curase alguna enfermedad del cuerpo, cuanto es mas el alma que el cuerpo; y si el otro se encargáre de esto y dijere que lo hará y despues se pasáren algunos dias y no os avisáre de ninguna cosa, quejáos, dice, de él, y tornadle á rogar mas encarecidamente que de primero que no lo haga así, sino que os avise luego en viendo en vos alguna falta. Y si él respondiére que no se ha descuidado por cierto de lo que os prometió, sino que en todo aquel tiempo no ha habido cosa de que haya sido menester advertiros, no lo creais en ninguna manera, sino entended que la causa de no haberos avisado ha sido,

(1) Basilius, in animadversionibus adversus canonicos delinquentes, §. 2.

(2) Galenus, lib. de cognoscendis, curandisque animi morbis.

no por no haber habido faltas de que poder avisaros, sino una de tres: ó por negligencia y descuido suyo, que no ha tenido cuenta con vuestros defectos ni se ha acordado de eso, porque hay muy pocos que quieran tener ese cuidado y encargarse de esa manera de vuestro aprovechamiento; ó lo segundo, si ha advertido y notado algunas faltas en vos, que por ventura las ha notado, entended que os las ha dejado de decir de vergüenza y empacho, ó porque no quiere desgraciarse con vos, ni perder vuestra amistad, porque sabe que el dia de hoy eso se saca de decir las verdades; ó lo tercero, porque por ventura vió que alguna vez no tomastes bien la correccion y aviso que os dieron, y con eso no acaba de creer que deseais de veras que os corrijan y avisen por mas que lo digais, porque cree mas á las obras que á las palabras.

Y añade mas y dice: mirad que aunque alguna vez os parezca que no es asi aquello de que él otro os avisa, ó que no fué tanto como él dice, no lo deshagais ni escuseis: lo primero, porque puede ser que el otro lo haya notado mejor que vos; porque mucho mejor vé uno las faltas en otro que en sí; lo segundo, porque aunque no hubiese sido así, todavia os aprovechará para que andeis mas recatado y sobre aviso en lo que haceis y para que tengais mas cuidado de allí adelante de no dar ocasion para que se puedan decir ni sospechar cosas semejantes.

Todo esto dice aquel filósofo, y todo es menester para que hallemos quien de buena gana haga este oficio con nosotros; porque es grande la dificultad que hay en él, la cual cada uno echará de ver por sí, no solo por lo que siente cuando le corrigen y reprenden, sino tambien por lo que él siente en corregir y avisar á otro, cuando le acontece mandarles le avise que enmienden tal y tal falta que tienen. Hasta el mis-

mo superior, uno de los grandes trabajos que tiene, cuando en los súbditos no hay mucha virtud y humildad, es este; porque como por una parte se siente obligado á corregirlos por razon de su oficio, y por otra teme que han de sentir la correccion y el aviso, anda como si les hubiese de dar un boton de fuego, con trasudores y algunas veces perplejo, ¿si se lo diré, ó si lo dejaré? Unas veces le parece que será bien decirselo, aguardando alguna buena oportunidad y coyuntura, y haciéndoles alguna salva y azucarándoselo con algunas palabras para que no les amargue tanto. Otras veces siente tanta dificultad en el súbdito que tiene por mejor dejárselo de decir aunque se quede con la falta; porque teme que el decirselo no será de provecho, sino antes de daño, y que no servirá sino de que quede mas enconado y desabrido con él, y de que por ventura no haga tan bien ni con tanto gusto y aliento su oficio ó ministerio de ahí adelante. El sol ablanda y derrite la cera, pero seca y endurece el barro; y á las plantas que están arraigadas en la tierra, el agua, aire y sol las ayuda á crecer y fructificar; pero á las que no están arraigadas, esas mismas causas é influencias las secan y pudren mas presto. Asi al humilde, que está arraigado en su propio conocimiento, la correccion le ablanda y enternece y le ayuda á crecer; pero el que no es humilde ni está arraigado en la tierra de su propio conocimiento, tomará de ahí ocasion para pudrirse y secarse y endurecerse mas. Pues por eso dejan los superiores de avisar á algunos súbditos de sus defectos, porque empeoran con la medicina y hacen de la triaca ponzoña, pensando que es tema y aversion ú ojeriza lo que es amor y deseo de su bien, y asi merecen que los dejen.

Pues si quereis que no os dejen por incorregible é incurable, es menester que

tomeis muy bien el aviso y la correccion. ¡Oh cuán bueno es y cuán bien parece, cuando corrigen y avisan á uno de su culpa, que la conozca y muestre pesar de ella y propósito de enmendarla (1)! Y aunque alguna vez no hayais hecho aquella falta que se os avisa, ó no haya sido de aquella manera ni tanto como eso, no lo habeis de mostrar, sino agradecer al otro la voluntad y buena obra que os hace y ofrecerle la enmienda, diciendo que vos tendreis cuenta con eso de ahí adelante y que os ha hecho mucha caridad, porque con eso le animareis para que os avise otra vez; y si luego os quereis excusar y defender, no os avisará otra vez de lo que habeis por ventura bien menester. Hay algunos que lo primero que hacen, cuando les avisan de alguna falta es excusarla; y cuando no la pueden excusar del todo, buscan algunas razones para disminuirla y deshacerla y mostrar que no fué tanto, lo cual es cerrar la puerta para que otra vez no os avisen; porque como el otro ve que habiéndoo avisado algunas veces, nunca habeis conocido vuestra culpa, sino que siempre hallais excusas y salida para todo, queda determinado de jamás avisaros de cosa. Esto es lo que ganais con vuestras excusas, que llamais satisfacciones, que nadie os quiera ya avisar, fuera de que todo eso desedifica y parece muy mal.

Aun en los superiores se tiene por gran falta no tomar bien los avisos y consejos que les dan, ni mostrar oírlos de buena gana, tanto, que dicen se ha de escoger antes para gobernar un hombre que sepa menos, si conoce sus faltas y toma bien los avisos y consejos de los sábios, que otro que sepa mas y esté muy confiado de sí, pensando que él se lo sabe todo, y no gusta de

(1) Quam bonum est correptum manifestare poenitentiam. Eccles. XX, 3.

que le avisen, ni toma de buena gana los consejos que le dan. Y está llena de esto la Escritura, especialmente los Sapienciales (1). Y así, una de las condiciones, que pone el Apóstol Santiago, de la sabiduría que del cielo descende, es no ser porfiada ni tiesa, sino pacífica, y que se deja persuadir (2). Pues si en los superiores es tan alabado el oír de buena gana el aviso y el consejo de los particulares, y vituperado y reprendido lo contrario, ¿con cuánta mayor razon deben ser reprendidos los inferiores que ni aun de sus superiores toman bien el aviso y correccion?

Para que estimemos mas esto, y nos animemos mas á ello, es bien que entendamos y consideremos un grande bien que hay en ello; y es, que cuando uno recibe bien el aviso y correccion, y el superior está satisfecho de eso, jánle poco cuidado las faltas, porque si estas se ven, se ve juntamente el remedio de ellas; pero cuando esto no hay, dan mucho cuidado y pena, porque viéndose las faltas se ve juntamente cerrada la puerta para su remedio. Esas son las angustias y congojas de los superiores; y así es muy buen consejo declarar uno en particular al superior la buena disposicion y deseo que tiene de ser avisado y pedirle muy de veras que como padre le corrija y avise con claridad y llaneza de todos sus defectos, y que no mire en qué alguna vez por ventura habrá sentido la correccion como hombre y no tomáola tan bien como debiera; y no se ha de contentar con pedírselo esto una vez, ni con decírselo como por cumplimiento, sino muchas veces y

(1) Vidisti hominem sapientem sibi videri? magis illo spem habebit insipiens. Prov. XXVI, 12.—Via stulti recta in oculis ejus; qui autem sapiens est, audit consilia. Prov. XII, 15.—Ego sapientia habito in consilio. Prov. VIII, 12.—Salus autem ubi multa consilia. Prov. XI, 24.

(2) Quae autem desursum est sapientia, primum quidem pudica est, deinde pacifica, modesta, suadibilis, bonis consentiens. Jacob. III, 17.

muy de veras; y tened por cierto que todo es menester para que os crea y haga bien y con cuidado este oficio con vos, según tiene de dificultad; y así, aunque en otras cosas nos habemos de holgar que nos tengamos por imperfectos é inmortificados, pues hay hartas en qué; pero en esto no consintais, ni deis ocasion para que el superior piense de vos que sois tan soberbio y tan inmortificado que no tomareis bien la correccion y aviso que os diere. Antes procurad que esté muy satisfecho en este punto; porque no os prive de un beneficio tan grande y de un medio tan principal para vuestro aprovechamiento.

Dice San Basilio: así como el enfermo, deseoso y ansioso de cobrar salud (1), toma de buena gana la cura que el médico le hace, aunque sea áspera y dificultosa (2), sin indignarse con el médico, ni pasarle por pensamiento que lo hace con mala intencion; así el humilde y el que desea de veras aprovecharse, toma de buena gana la correccion y el aviso, sin pasarle por pensamiento que sea con tema ó pasion. Si por la salud corporal recibimos de buena gana medicinas muy amargas, y consentimos que el médico ó cirujano corte y queme por donde le parece, y se lo agradecemos y lo tomamos por gran beneficio, razon será (dice San Basilio) que por la salud espiritual de nuestra alma y por el bien universal de toda la Religion hagamos lo mismo, aunque la cura y correccion fuese áspera y dificultosa.

CAPITULO VI

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. San Crisóstomo, para exhortarnos á re-

(1) Anxius de salute sta. Basil. in Regul. brevior. n. 158, et in regul. fusius disputatis, num. 152.  
(2) Licet acerba sit, et aspera curationis ratio. Ibid.

cibir bien la correccion y el aviso, trae el ejemplo (1) que cuenta de Moisés la Sagrada Escritura: el cual siendo un varon tan sabio y eminente, que al fin le habia escogido Dios por caudillo de su pueblo y hecho por él tantas maravillas así en Egipto como en el desierto, con todo eso tomó muy bien el aviso y consejo que le dió un hombre particular, que fué Jetró, su suegro, sobre el gobernar y juzgar al pueblo; que no lo quisiese hacer él solo, sino que escogiese algunos que le ayudasen en ello (2). Y pondera allí San Crisóstomo que no respondió: «Mirad quién nos viene ahora á dar consejo;» como suelen hacer algunos, que aunque el consejo sea bueno, se desdennan de que tal persona se le dé; sino con humildad tomó el consejo y le puso luego por obra.

San Cipriano y San Agustín ponderan (3) á este mismo propósito el ejemplo del Apóstol San Pedro, cuando San Pablo le reprendió acerca de la circuncision que queria recibiesen entonces los que se convertian de la gentilidad (4). Mirad, dice, cómo el Apóstol San Pedro no presumió de sí, ni se levantó á mayores, diciendo: «Yo soy el Primado de la Iglesia, y á mí se ha de dar mas crédito y han de seguir y obedecer todos.» Mirad cómo no menospreció á San Pablo por haber sido ayer perséguidor de la Iglesia, ni se desdenó de ser corregido y avisado de él, sino que recibió muy bien el consejo y se rindió luego á la razon y á la verdad.

Digno es tambien de memoria el ejemplo que en esto nos dió el emperador Teodosio, tomando con tan grande humildad

(1) Chris. hom. 4, super ad epist. ad Corinthios.  
(2) Non bonam (inquit) rem facis, stulto labore consumeris. Exod. XVIII, 17.  
(3) Cyprian. epist. 13, ad Quintum.—August. lib. 2, contri donatistas, cap. 4.  
(4) Ad Galat. II, 11.